



Hugo Salas

000

EL DERECHO DE LAS BESTIAS



INTERZONA

Hugo Salas

**EL DERECHO
DE LAS BESTIAS**



INTERZONA

INTERZONA

Hugo Salas

El derecho de las bestias. - 1a ed. - Buenos Aires :

Interzona Editora, 2015.

232 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-91-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.

CDD A863

© Hugo Salas, 2015

© interZona editora, 2015

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Victoria Villalba

Ilustración de tapa: El Niño Rodríguez

Corrección: Clara Oeyen

Ilustración de tapa: *16 de junio de 1955. El bombardeo a la Plaza*

© El Niño Rodríguez, 2010

ISBN 978-987-1920-91-4

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*How came these things to pass?
O, how mine eyes do loathe his visage now!*



El 16 de marzo de 1953, apenas pasada la medianoche, seis hombres de sigiloso negro atraviesan el patio de una propiedad de Belgrano, cuando llegados al *garage* (en penumbras, al igual que el resto de la casa), el que guía al grupo se detiene y advierte:

—Una última precaución...

—¡Otra más! —reniega un joven—. Si nuestros próceres...

—¡Déjese de pavadas! —lo censura—. Nos separaremos en dos coches. Rutas distintas, cada *chauffeur* sabe.

La sola mención despierta miradas de recelo, que parecen decir “no son tiempos, señor, de confiar en *esas* gentes”.

—No hay qué temer; han estado al servicio de mi familia toda su vida, y si no fuera garantía que uno de ellos, cuando yo niño, haya arriesgado el pellejo por hacerme el gusto de ver una doma, permítanme señalar que están muy viejos y no creo que deseen, muerto o preso su patrón, retomar las faenas del campo.

Una a una se inclinan las cabezas.

—Tardaremos dos horas o poco más en llegar a San Isidro. Una vez allí, Dodero —y al decir esto, señala a quien está a su izquierda— nos guiará a la pista y la avioneta. Si todo sale bien, en menos de lo que canta un gallo estaremos camino del Uruguay.

¡Uruguay! Su repiquetear vocálico embarga el pecho de los presentes de una tibia emoción: la libérrima Banda, nuestro Oriente, el noble cielo, la Suiza de Suramérica.

—De acuerdo —se atreve uno que lleva por toda carga un portafolios.

—Así se hará, entonces —consiente el impetuoso—; pero déjenme salir primero, con Dodero y el señor. Somos los menos importantes; si de algo hemos de servir aquí, es para ponerle el pecho a las balas.

Disipado el enfado que le provocara su intervención anterior, el dueño de casa recuerda, súbito, de qué sirve involucrar a los jóvenes en los delicados asuntos de la política argentina y en silencio, avergonzado casi, siente el tibio impulso de estrechar su mano, su pálida, bella mano, pero no tiene tiempo de responder a este arrebato que el muchacho, de un habilidoso salto, se ha montado ya en el asiento del acompañante, mientras los otros dos se acomodan detrás.

A una seña del chófer, se abren las puertas de hierro y el primer contingente parte raudo, como si el suelo fuera firme. Media hora harán en silencio, sin más aliciente para los oídos que el murmullo del motor y el ocasional chasquido de la tapa de un reloj de bolsillo, curiosa antigualla que Dodero, inquieto, acosa de tanto en tanto, removiéndolo del bolsillo de su chaleco.

Al fin, el del portafolios deja escapar un suspiro.

—Pucha que es triste... quizá sea la última vez que recorramos las calles de Buenos Aires. Allá nos espera la junta de exiliados, la Resistencia, pero sabe Dios qué será de nosotros... esta bestia tiene asesinos en todas partes.

—Es triste, sí —responde el de temperamento fogoso—, pero ningún hombre de bien podrá dormir en paz mientras se cierna sobre su patria la amenaza del fascismo. ¿Sabe? A mí... no, no me asusta la muerte, sino...

Y no puede seguir, pues se le quiebra la voz.

—¿Qué? ¿Qué si no? —lo insta a reponerse su interlocutor.

Con una exhalación, el joven alza al cielo, aquel que el techo no le deja ver, unos enormes ojos negros, en los que el temblor de las lágrimas ahítas traza un destello, hermanándolos con la palidez del rostro, iluminado por sus veintidós años.

—Lo único que lamento es que tal vez no estemos aquí cuando el grito de libertad arrastre el cuerpo del Tirano por las calles, cuando al fin se laven las afrentas y la justicia reine otra vez en la República. *Eso* es lo único que temo del destierro: perder de vista el fulgor de la espada alzándose para cortar la cabeza de la sierpe.

Su sinceridad conmueve al camarada, quien sin pensarlo dos veces le extiende el portafolios.

—Tomá. En ningunas manos va a estar esto más seguro que en las tuyas.

—Pero...

—Es importante, vas a ver. ¿Qué sentido tiene que me lo quede yo? Mis opiniones, mis ideas... me han costado enemigos, sí, pero a fuer de ser sinceros, no soy más que un cajetilla que aprovecha la volada para salir corriendo de un asunto de polleras. Vos no. Quedateló, te digo, y no se hable más, que en este país podrido el aire oye, la noche ve y hasta las piedras son capaces de vendernos por un mendrugo.

El silencio gana otra vez el coche. Una lágrima rueda por la mejilla del chófer; sabe entonces, el joven, que ha estado en lo cierto su anfitrión: tiene ante sí a un hombre sencillo pero bueno, no uno de esos pobres diablos pervertidos por la miseria, servidores gustosos y rastreros del enemigo, canalla dispuesta a sacrificar lo mejor de estas tierras por un plato de puchero, un guardapolvos, una lúbrica estampita de sus santos profanos. No, aquel hombre es sano, honesto, noble, es verdadero pueblo.

Coherente, la voz del morocho retumba clara, argentina, cuando al llegar a un cruce detiene el coche, con el motor en marcha, y anuncia:

—Acá mandó el señor que espere.

El tiempo estira su paso cojo. Todos saben qué significa que el segundo auto no aparezca y en su fuero más íntimo, sin atreverse a comentarlo siquiera, temen que así sea.

—Nunca se me hubiese ocurrido —aventura el del portafolios—... una pista por estos lares.

Dodero asiente, secándose el sudor con un pañuelo cochambroso.

—¿Podrá encontrarla con noche cerrada? —insiste.

—Claro que sí. Me la enseñó un amigo aficionado, a mí nunca me interesaron esas cosas. Es un aeródromo local, por eso no lo vigilan. No te preocupés, pibe.

No advierte que a quien lo escucha, en este caso, el tuteo le resulta irritante.

—Yo les dije que los pongo en una avioneta a Montevideo y lo hago. Siempre y cuando tengan la plata, ¿no?

El interés, mezclado en tan penoso asunto, tuerce los semblantes.

—¡No para mí, señores! La guita es para el pobre desgraciado que se juega el pellejo cruzándolos el río, para su familia. Yo aquí soy solo intermediario.

Algo en Dodero, más allá del tono confianzudo, no convence al joven. A las claras, se trata de un fabricante de chucherías, ese tipo de individuos que por aquellos años se confunde con la gente por su ropa costosa, con los oficinistas por lo pedestre del lenguaje, y con el aluvión por sus hábitos, costumbres e inclinaciones.

Dos luces, a lo lejos, lo distraen de sus cavilaciones. El chófer abre la ventanilla, saca el brazo e insinúa una seña. Del otro coche responden con señal pareja. Son ellos. Para ir ahorrando tiempo, mientras los ven venir, pasa adelante Dodero, que de allí en más guía la marcha.

Son pocas las casas en San Isidro, separadas unas de otras por generosos parques. Y bonitas, bonitas como nunca ha visto, piensa Enrique, el de los ojos negros y melancólicos, mientras se acomoda en su asiento, porque él, a diferencia de los demás, nunca antes ha salido de la ciudad. Las elevadas dotes que le permitieran destacarse entre sus pares e ingresar en el modesto profesorado que hizo gigante hasta que bien pasaría por filólogo de la universidad

(confusión que –compartida ahora por la policía– está a punto de costarle la cárcel, los oscuros tormentos usuales y muy probablemente la vida), esas mismas dotes parecen materializarse en una suavidad de maneras, una delicadeza de tono, una malévola ironía y una elegancia tales que nadie adivinaría su procedencia.

Au contraire, quien acaba de confiarle el tesoro es un destacado miembro de la sociedad porteña. Sus investigaciones históricas le han dado renombre fuera del país y dolores de cabeza en Buenos Aires, al igual que sus aventuras galantes. Como confesara elípticamente a Enrique, este segundo frente de batalla no es la menor de las causas de su exilio. Del resto, baste con decir que tienen igual posición y tal vez mayor fortuna, si la palabra, por estos tiempos, no se prestara a una cruel ambigüedad.

—¡Frene! —se exalta Dodero.

Los jóvenes pegan la frente contra las ventanas y escudriñan la negra noche.

—Espérense aquí, tengo que avisar.

Lo ven alejarse calmo hasta una tranquera. Se lleva la mano a un bolsillo y Enrique maldice pensando que ha de echar, por enésima vez, otro vistazo a su reloj; pero no, saca un silbato. Ni lento ni perezoso, mientras se monta a la tranquera, se lo lleva a la boca y es pitar y correr todo lo que hace la rata.

A la señal responde un ruido atronador y terrible: el clamor de tres camiones que, bloqueando el camino en puntos estratégicos, revelan ahora sus faros y encienden los motores. Es una emboscada; en cada jaula se avizoran, a pesar de la noche, unas jetas terribles que bajan presurosas, munidas de cadenas, cuchillos y pistolas.

Los caballeros, ágiles, improvisan su retirada. Todos salvo el dueño de casa, que pese al intento de los sirvientes por arrastrarlo, espera a sus verdugos de pie. Lleva la mano al bolsillo, aferra la pistola, extiende el brazo y apunta, pero antes de que logre hacer un disparo, una gruesa cadena se estrella en su frente, tiemblan sus rodillas y tambaleándose va a dar al suelo.

A sus hombres los despachan en el acto, una bala para cada uno.

Conminados a la gallardía por su valor, quienes lo acompañaban en el auto detienen la carrera y echan uno o dos tiros cada uno, infaustos –lamentablemente– antes de ser atropellados por la turba.

—¡Vos corré! Ni se te ocurra hacerte el valiente. Lo que te di vale más que todos nosotros, más que Lonardi, Aramburu y Menéndez juntos.

Obligado, Enrique corre con pies pesados y en un instante, al volver la vista, divisa cómo ese muchacho, que tiene de sí tan baja estima, a la manera de un verdadero *gentleman* se planta frente a la chusma y desenvaina de bajo su capa un sable enhiesto, regalo de Pellegrini a su abuelo, con el que ha creído oportuno morir si en desgracia terminaba la aventura.

Las artes básicas ensayadas en su juventud le sirven para esquivar los primeros lances, incluso para infligir feliz daño a uno de sus atacantes. Igual, poco puede su coraje cuando un artero disparo en el pie le hace rodar por el suelo. Aprovechándose, sin sentido del honor alguno, se le van al humo, los perros, y uno lo golpea con un garrote de clavos, otro con cadenas y aquel entierra una y otra vez una cuchilla de carnicero en sus flancos, hasta que uno de ellos, extasiado, le descarga con estrépito una maza en el cráneo, al grito feroz y bien conocido de “¡Viva Perón, carajo!”.

Las risotadas agrías inmundan la noche y embriagados, no solo de sangre, así podrían seguir hasta que los sorprendiera el sol, de no ser porque otro de ellos, habiéndose alejado para hacer sus necesidades, los reclama con alarma a sus tareas:

—¡Uno se raja! —chilla.

Las balas silban cerca de Enrique, quien sin abandonar el portafolios lleva una mano a la cintura. Está listo para lo peor, ha traído un viejo revólver que perteneciera a su padre. Por suerte no lo siguen, disparan al voleo desde el camino, hasta que le oyen proferir un grito y lo ven desmoronarse en la carrera.

—¿Le diste? ¿Le diste, gordo? Andá a ver. Vos, vos... vayan con el compañero.

Mientras algunos salen a confirmar su muerte, otros traen a rastras a los del primer auto, aturcidos pero aún con vida. Con cada tirón, es como si quisieran arrancarles la cabeza del cuello. De vez en cuando, los patean.

—Se creían piolas, che, vinieron con fierros y todo.

—¡Mirá los señores! A ver...

Se pasan las armas de mano en mano, admirándolas.

—¡Qué pena! Se las van a tener que meter en el culo.

No es vedado saber si esto fue dicho adrede o si la tosca imagen, lanzada por mor de la costumbre, provoca una interpretación literal y bárbara; lo cierto es que a pesar de la resistencia de aquellos varones de bien, les quitan los pantalones, les bajan los calzoncillos y teniéndolos así inmovilizados, al dueño de casa de manos y pies y a los otros dos por la presión de sendos torturadores sobre sus espaldas, les introducen el cañón, desgarrando el recto.

Las víctimas, sobrecogidas, no pueden ahogar el grito.

—Che, por ahí no tiene cada uno la suya pero hacemos lo que podemos... ¡tampoco hagan tanto escombros porque nos confundimos de pistolas!

—Ya dijo el General... con el tiempo, les vamos a devolver todo.

La ocurrencia se celebra a risotadas. Al fragor de los aplausos, el ritmo se acelera y es cada vez más frenético, como llamada de tambor. Uno se baja los pantalones y restriega su verga por la cara del dueño de casa. Después lo mea. Aplauden. Tienen aliento a vino. Los culos sangran.

El estruendo del disparo y el olor a pólvora los detiene, tiesos, como niños que acaban de cometer una tropelía. Se miran entre sí, miran a su alrededor. Por la boca de una de las víctimas mana un hilo de sangre. Ante miradas atónitas, el que lo torturaba se encoge de hombros y en su defensa musita:

—Se me escapó, boludo.

Disuelta la tensión en carcajadas, vuelven los cabecitas a su gracia, retoman el bestial compás de dos tiempos, el adentro/afuera, hasta que pronto se escucha otro fogonazo, seguido de nuevas y más animales risotadas. El dueño de casa sabe, ahora, que queda él solo con vida, y cierra los ojos aliviado, esperando que su turno llegue pronto.

—¡Pará! —grita alguno—. Ni se te ocurra quemarlo.

Se va corriendo y las miradas lo siguen hasta el segundo auto, hasta la rueda, hasta el cadáver frío ya del jovencito del portafolios.

Al verlo alzar el acero, braman en la noche.

—¡Ah... ahora sí te conseguimos una de tu medida, papi!

Y se ponen en círculo, rodean a la víctima, para no perderse detalle de lo que está a punto de suceder, para verlo todos, como si el mero hecho de ser gran número los eximiese de toda responsabilidad moral. El de la idea llega ufano, se acerca al cuerpo y de un tirón le quita el arma. La sacude con cara de asco, cerca de su nariz, y la arroja lejos.

—¡Qué olor a mierda, che!

El dueño de casa siente frío, algo más frío que el arma, apoyándose contra su ano. Hasta aquí, ha creído que iban a vejarlo, pero nada de hombre puede ser tan frío.

—¿Ustedes dicen que está derecha?

—¡Sí! ¡Sí!

—Miren que sí no...

—¡Dale, dale!

—¿Vos qué decís, che? —pregunta a su víctima escupiéndole al oído—. ¿Te entra?

—¡Viva la Constitu...!

No alcanza a terminar la frase que un reguero helado se propaga por todo su cuerpo. El sable entra varios pies como en su vaina. A la primera resistencia, el verdugo se incorpora y comienza a patear la empuñadura.

—¡La hago entrar entera, carajo, bien hasta el fondo! ¡Mierda que es duro el cuero de contrera!

Patea y patea desencajado, enterrando cada vez más hondo el sable, hasta que ni un destello de la hoja brilla en la noche.

Sin tiempo para festejar la hazaña, el resto se abalanza sobre los cadáveres en procura de dinero, relojes y otros quiméricos tesoros que sospechan ocultos. Los rezagados desguazan los baúles de los coches.

—¿Vos decís que cayó acá?

Son tres los que, en procura de Enrique, lejos de la turba escudriñan el terreno.

—Y... de allá pareció, pero andá a saber.

—Esos hijos de puta nos deben estar madrugando, cuando volbamos no va a quedar ni un güesito.

Los otros se miran y no ocultan una mueca burlona.

—¿Qué tiene, che? ¡Avisen!

—¿No viste? El nuestro llevaba un portafolio. Un portafolio, entendés.

—¿Y?

—Que seguro tenía la guita, gil.

Tras la explicación, redoblan los esfuerzos, y con lo poco que ha oído, sabe Enrique que no bastará con esconderse, no cejarán en su intento hasta que den con su cadáver o el portafolio; y desde luego, después del noble gesto de su camarada, queda fuera de la cuestión darles el último sin el primero. Sabe, también, que es mejor caerles por sorpresa.

La bala que le hiciera perder el equilibrio apenas rozó el muslo, y con lo mejor de sus fuerzas ha logrado arrastrarse hasta lo que parece un sauce añoso o quizás un ombú joven. Desde allí, entien de la silueta de sus perseguidores, y sin perderlos de vista aferra el arma con ambas manos, espera a tener certeza y descerraja el primer disparo.

—¡Vamos, ratas! ¡Van a escupir la sangre de Feijó!

Caído su blanco, cree que los otros dos correrán hacia él, pero se esfuman en penosa retirada. Corren a buscar más secuaces,

seguro. El primer impulso de Enrique, furioso, es esperarlos, pero a raíz de la sangre derramada, comienzan a abandonarlo sus fuerzas y teme perder el conocimiento antes de que lleguen, quedando su cuerpo a merced de bestiales arbitrios semejantes a los que acababa de presenciar. Se imagina esas manos sucias desnudándolo, recorriéndole el cuerpo, las jetas mugrosas sobándolo, los imagina vejándolo e imagina su hediondo aliento en la nuca, el olor de sus miembros. Su corazón nunca ha palpitado tan rápido.

Intenta alejarse por el campo, pero las piernas le fallan y pronto va a dar al suelo. Gatea. Se arrastra. Oye voces a lo lejos, regresan hacia él y por un instante se cree perdido, maldice la historia y su suerte, aprieta los dientes, tensa la espina, pero justo entonces avizora delante suyo un providencial seto. Sin pensarlo, arroja el portafolios detrás del muro verde y comienza a buscar con sus manos la rama más vieja. Trepa con sus últimas fuerzas y, una vez en lo alto, tras la contemplación de una pavorosa perspectiva de los despojos que le recuerda un cruel óleo de Delacroix, se desvanece horrorizado, cayendo por suerte del otro lado.

Lo primero que ve, al volver en sí, es una extraña figura, un hombre elegante de unos cuarenta años que lo mira estupefacto, sin que esto vele su naturaleza cálida y amable. Más allá cree divisar otra silueta, también de hombre; tal vez huya, aunque es posible que esa visión se deba al embotamiento.

—Yo le puedo explicar... —tartamudea su esperanza, y a Enrique, aún en su confusión, le parece evidente que es él y no el buen señor quien debe dar las explicaciones. Aun así, por prudencia, pide silencio.

—No, no, no... insisto, joven. En mi posición no puedo permitirme...

Como puede, concentrando lo último de sí en el impulso, se incorpora en la hierba y le tapa la boca con las manos, dejando a su interlocutor atónito, a tal punto que no opone resistencia.

—Por algún lado tiene que andar el contrera —se oye del otro lado del seto.

Tras el alarde de fuerzas con que ha logrado proteger su escondite y la integridad del desconocido, Enrique se siente desfallecer, y su nuevo camarada sigue la caída de su cuerpo, tendiéndose con él en el suelo.

—Putá madre. ¿Me quieren decir cómo carajo le explico yo al General que se les escapó el fubista?

Al oír esto, la mirada del aquel buen hombre, como temiera Enrique, cambia por completo; recién ahora comprende la gravedad del caso. Lo que no sabe, aún, es que ese epíteto no ha despertado en su salvador más que admiración.

—Pero... no tenía nada, el pibe. Se llevó un buen jabón, no jode más. El que manda resuella.

—A ver si me entienden. Las órdenes son claras. Hay que reventarlos, ¿se entendió? No los queremos asustados, los queremos presos o muertos, así que la próxima vez que se les escape uno, yo mismo les doy picana hasta que aprendan, negros de mierda. También, con semejante gente...

Las voces y pisadas se alejan, pero la presa y su cómplice no paran de temblar. Tampoco hablan. El desconocido espera a oír los motores, a escucharlos lejos, prácticamente a no escucharlos ya como si solo perteneciesen a una imaginación pasada, antes de por fin dirigirle la palabra.

—Vamos —susurra.

E incorporándose, comienza a caminar en cuclillas.

—¡Vení, nene!

Nada.

—No te quedes ahí.

Reculando, vuelve hasta el joven, se inclina sobre él, y al querer palmearlo a guisa de aliento, hunde su mano en una sustancia viscosa, tibia, que no tarda en identificar. Horrorizado, se lleva la palma a la boca, como reprimiendo un grito, y en el gesto tiñe con la sangre inocente sus propios labios. Es salada, salada e inexplicablemente dulce al mismo tiempo.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA